

rados hombres de vuestra corte, vestidos muy ricamente é muy bien guarnidos de caballos é de armas, é faced dellos tres haces ó cuatro, segun entendiéredes que parescerán mejor; é mandad á todos los caballeros mancebos que tomen armas é vayan bofordando por aquellos campos, é entonce verná el Abad á vos, é traerá consigo aquel rey de que vos fablé; é si vos le preguntádes por él, deciros ha que es un su sobrino que há gran tiempo que fué preso en Ultramar, é entonce acogeldos bien é facedles honra, é levaréis al Abad é á él por huéspedes que coman con vos, é mirad que sean bien servidos é muy honradamente; é en tanto que ellos comieren mandad soltar los canes á los osos mansos, é faced lidiar toros é correr los ciervos; é de la otra parte mandad á los caballeros que boforden é justen é esgriman, é todas las otras cosas extrañas que pudiédes fallar, porque el Rey se maraville cuando lo viere.»

## CAPITULO CLXXV.

Cómo el Duque envió cartas al Emperador é á los altos hombres que le enviassen gente.

Cuando el duque Gudufre hobo oído lo que el Prior le decía, hobo tamaño placer en su corazón, que mayor no lo podría haber si le diesen un gran reino, é comenzó de abrazar é facer muy gran alegría con él; é esa noche tóvolo consigo, é dióle respuesta para el Abad, é otrosí las cartas que entendió que había menester. E otro día el Prior fué para su monesterio, é el duque Gudufre hizo facer sus cartas para todos sus parientes é amigos que lo viniesen á ver en aquella manera que el abad de Sandron le consejara; é envió luego sus hombres con cartas por toda su tierra: los unos á Lorena, é los otros á Lembrot, é los otros á Namur é á Masela, é otrosí á Muela, é por toda la otra tierra, adó él entendió que era bien, é á todos envió á decir que la venida sería buena é á gran loor de Dios, é á su honra é á pro de la cristiandad; é que los rogaba que le viniesen á ver muy aparejados de corte é de guerra, ca todo era menester en aquellas cortes; é á los hombres de dias enviélos á decir ya cuanto del fecho. Empero primeramente lo hizo saber al Conde, su padre, que era en Boloña, é á sus hermanos Eustacio é Baldwin; é luego el Conde, con amor de sus hijos, se aparejó muy ricamente para ir allá, é primero fueron al conde de Flándes para decirle de aquellas cortes. Los mensajeros fueron los unos al castellan de Sant Omer, é los otros al conde de Portas, é los otros al conde de Guinas, é otrosí, al conde de San Polo, que había nombre Gerau; é enviaron de otra parte á Tomás de Marne, que era muy buen caballero de armas; é despues que el conde Eustacio é sus hijos contaron al conde Ruberte de Flándes, que le llamaban por nombre Freyson, todo el fecho de aquel rey que viniera de Ultramar, él fué maravillado é mandó á todos los caballeros de su tierra que viniesen luego á él muy bien aparejados de corte é de guerra, así como el duque Gudufre le enviara decir; é ellos ficiéronlo así, que bien se ayuntaron fasta siete mil caballeros ó mas, é todos levaban sus armas para guerra é paños para corte, é azor ó falcon ó gabilan para caza, é canes otrosí; é todos iban en sus palafrenes muy fermosos é bien ensillados é enfrenados,

é facian levar á sus escuderos los caballos todos de diestro; así que, todo hombre que lo viese pensaría que compañía mejor aderezada no podría ser; é sin esto, levaban vianda para un mes; é fueron cinco condes, con el de Flándes, é dos que salieron de Arras; é jamás cesaron andar por sus jornadas fasta que llegaron á Bullon. Por otra parte, enviara el duque Gudufre al Emperador con sus cartas, en que le ficiera saber todo aquel fecho cómo aquel rey moro viniera de Ultramar, é que le rogaba que le enviase algunos caballeros que fuesen con él en aquellas cortes. El mensajero buscó tanto al Emperador fasta que le falló en Coloña, é dióle las cartas que le enviaba el Duque; é luego que las cartas vió, plúgole mucho de quanto falló en ellas, é enviéle mil caballeros muy bien ataviados de todo lo que habían menester para hueste é para corte; é luego, otrosí, el duque de Lembrot, cuando vió el mensajero del duque Gudufre, tomó consigo cien caballeros muy buenos é fué para él; é el duque de Lorena hizo otro tanto, é levaba consigo cuatrocientos caballeros; é eso mesmo hizo el duque de Loaña, que fué por su persona mesma, é levó docientos caballeros; é el conde de Hovo é el conde de Namur ficiéron eso mismo, é levaron consigo quinientos caballeros; é el obispo de Lieja, que era hombre de santa vida, envió docientos caballeros muy buenos; é el arzobispo de Coloña envió trecientos caballeros; mas el obispo de Mez, que amaba mucho al duque Gudufre, fué en persona, é llevó consigo cien caballeros muy bien aparejados.

## CAPITULO CLXXVI.

Cómo fueron ayuntados con el duque Gudufre en Bullon.

Cuando todos estos hombres honrados, que ya oistes, fueron ayuntados en Bullon, do era el duque Gudufre, él los recibió muy honradamente, segun convenia á cada uno dellos; é despues ametióse con todos en el mayor palacio que había, é mostróles el gran debdo del linaje é de amor que había con ellos; é despues contóles toda la razon por qué les enviara á rogar porque le viniesen á ver, é díjoles de cómo la gran corte fuera ayuntada en Baldac, é cómo la reina Halabra, madre del rey Corbalan, viera en sus suertes cómo se había de perder la tierra de Suria é la santa cibdad de Hierusalem, é que esto había de ser á muy poco tiempo; é de cómo él é sus hermanos Eustacio é Baldwin eran los hombres que mas habían de ayudar á este fecho; é contóles, otrosí, cómo un su sobrino de aquella Reina, que era rey de Hierusalem, viniera escondidamente con un compañero no mas, vestidos como pelegrinos, por ver á él é á sus hermanos, é conocer qué hombres eran é de qué linaje vinian, ó si eran ricos é poderosos de vasallos é de amigos; é si fallasen que no eran desta manera, que traian sendos cuchillos con que los matasen á todos tres ó alguno dellos; que antes quería ponerse en aventura de muerte, que no que vil gente les quitase la tierra; mas si fallasen que eran de gran linaje ricos é poderosos, que se ternian por de buena ventura; que pues que la tierra habían de perder, que por tales hombres fuese ganada. Cuando esto oyeron todos los honrados hombres que allí eran, plúgoles mucho, é

agradesciéronlo mucho á nuestro Señor, é rogáronle que él, por la su piedad, así lo compliese; é despues dijieron al duque Gudufre que ellos no vinieran allí sino por facer todas las cosas del mundo que él mandase é toviere por bien é que mas á su honra fuesen.

## CAPITULO CLXXVII.

De lo que acordó el Duque con aquellos altos hombres.

Mucho agradesció el duque Gudufre á aquellos caballeros la honra é el amor que le mostraban, é de quanto le prometían que farían por él; é despues desto díjoles así: que si ellos lo toviesen por bien, que ficiesen como el abad de Sandron le enviaba á decir é aconsejar con su prior, pues él le ficiera saber todo este fecho, é él conociera el rey moro luego que le viera; é contóles el caso todo como fuera, é de sobre esto acordaron que el día que el Abad hobiese de venir, que ellos ficiesen de sí cinco haces é se vistiesen de los mas ricos paños que pudiesen haber, é que todos los caballeros mancebos cabalgasen en sus caballos, é tomasen sus escudos é sus lanzas é fuesen escaramuzando por esos campos, de manera que así los fallasen el Abad é el rey moro cuando viniesen. E otrosí, tovieron por bien que el duque Gudufre é sus hermanos fuesen en la postrera haz con los hombres ancianos é con los perlados, é aun acordaron así: que todas las ruas de la villa é del castillo se emparamentasen, é el palacio del Duque, de los mas ricos paños que pudiesen haber. E eso mesmo hiciesen cada uno de los honrados hombres en sus posadas, é en cada calle vendiesen todo lo que menester hobiesen; é que el día primero que el Abad viniese, que todos los hombres honrados comiesen con el Duque é el Abad é su compañero, é que despues de comer fuesen muy grandes las alegrías de los caballeros é de las dueñas é de las doncellas en el gran palacio del duque Gudufre, é que lo mismo hiciesen por toda la villa; é cuando viniesen á la noche, que tantas fuesen las candelas que encendiesen en el palacio é en todas las calles, que pareciese que la villa se quemaba, é en cada casa que estoviesen las mesas puestas con pan é vino é con manjares de carne é de pescado é de todas las cosas que hobiesen menester; é que todos los caballeros mancebos posasen fuera de la villa en tiendas en tanto que las cortes durasen, é que cada día justasen, é ficiesen todas las pruebas de armas que á caballeros conviene facer, é diesen sus dones é sus paños muy largamente; é sobre todas las cosas, que punasen en honrar mucho aquel moro; así que, cuando de aquella corte se partiese, que por do quier que fuese pudiese decir que nunca en otra tal fuera.

## CAPITULO CLXXVIII.

Cómo vino un mensajero al Duque cómo venia otro día el Abad.

Cuando el duque Gudufre é los honrados hombres que allí eran hobieron todos tomado su consejo, así como ya oistes, fuéronse cada uno á su posada; é el Duque mandó á su mayordomo que todo aquello fuese cumplido; é cuando él esto dicia llegó el mensajero de cómo el Abad sería ahí otro día de mañana; é el Duque fizolo saber á todos los honrados hombres que ahí eran; así que, lue-

go que oyeron misa cabalgaron todos é hicieron sus haces como habían ordenado, é dieron por caudillos de cada parte aquellos que entendieron que mas serian para ello. La primera haz dieron al conde Guerau de San Polo, hijo del conde Hugo, que fué tenido en su tiempo por muy buen caballero de armas; en que fueron gran pieza de caballeros mancebos muy bien vestidos de muy ricos paños de seda y oro, é cada uno levaba su aguirnaldá de rosas en la cabeza, é comenzaron escaramuzar tan apuesto, que cualquier hombre que lo viese tomase gran placer. La segunda haz hizo el conde de Pontis (1) con cien caballeros que él trajera, é con otros que le dieron, tantos cuantos entendieron que había menester; é estos fueron mancebos; así que, no había ninguno dellos que barbas toviese, é iban vestidos muy ricamente, é comenzaron á ir en pos de la primera haz bofordando é escaramuzando muy bien é muy apuestamente. La tercera haz hizo el duque de Loaña, en que hobo gran caballería, é estos fueron tan bien aparejados de paños é de todas las otras cosas que habían menester, que no podrían ser mejor. La cuarta haz hizo el duque de Lorena, en que había muchos hombres honrados, é eran muy gran caballería, é todos traían armas nuevas, que á gran maravilla parecia buena compañía é rica á los que veían. La quinta haz levó Don Ruberte, conde de Flándes, é levó consigo bien mil caballeros de los mejores que el escogió en toda aquella corte; estos todos traían muchos caballos é muy buenos; así que, el que menos traía consigo, traía dos ó tres encubertados con coberturas de la señal de aquel señor cuyos eran. Los caballeros eran tan bien vestidos, é traían tan ricas sillas é frenos, que esto seria luenga cosa de contar. Aquellas cinco haces fueron aparejadas de caballeros, de armas é de escudos é de lanzas, todas con señas é pendones; otrosí todos los caballos cobiertos de coberturas, cada uno de sus señales é de otros paños de seda muy ricos; é traía cada uno una broncha de oro en los pechos con piedras preciosas, é otrosí guirnaldas desa mesma manera, é de rosas é de otras muy hermosas flores; é venían todos acaudillados cada haz por sí, que no parecia que la cabeza de un caballo pasaba ante otro. Bien creeria quien los viese que nunca viera tan gran caballería; é desta guisa fueron fasta que encontraron al abad de Sandron, que las cinco haces fueron así como habeis oído. Mas el duque Gudufre é sus hermanos salieron á la postre, é fueron en su compañía el obispo de Mez é el duque de Lembrot, é el conde Amane é el conde Tomás, que era buen caballero de armas é de grandes dias; é fué, otrosí, el conde de Guinas é el conde de Namur, é otros hombres que eran tenidos por muy buenos caballeros d'armas é de gran seso. El conde Eustacio de Boloña, con gran alegría que hobo, llamó á los caballeros que ahí eran; é rogóles que hiciesen un gran corro de sí é que metiesen en medio á todos sus hijos, Gudufre é Eustacio é Baldwin, así que no llegase ninguno á ellos; é todo esto otorgaron muy de grado, como aquellos que habían gran gana de facerle placer en todas cosas. Despues que esto hobieron hecho, comenzaron á ir muy paso fuera de la villa, é todos los de aquella compañía, sino los caballeros man-

(1) Quizá el mismo que en otra parte (pág. 106) es llamado conde de Portas.

cebos, no llevaban armas, ante iban en sus caballos é en sus palafrenes sosegados á gran maravilla; é así fueron fasta que llegaron al Abad é al rey Cornomaran.

## CAPITULO CLXXXIX.

De las palabras que decía el Abad al rey Cornomaran.

El abad de Sandron, que ya oistes, el dia que envió á decir con el Prior al duque Gudufre que le vernia á ver, ese dia fué ahí; é esto fué el lunes, otro dia de Cincuenta; é trajo diez caballeros muy bien ataviados de caballos é de armas é de paños; é de todas las cosas que habian menester, é otrosí trajo doce monjes los mas ancianos é religiosos que halló en su monesterio, atales, que cualquier que los viese los juzgaria por hombres de religion; é trajo al rey Cornomaran en buen caballo é con buenas armas nuevas é muy ricos paños, atales que si él fuese en su tierra tenerse-hia por pagado, é otrosí su compañero vestido muy ricamente; ca el buen abad no le dolió de darles mucho del su haber, porque los hombres honrados de todas las otras tierras que allí eran ayuntados los conociesen é les supiesen hacer honra. Mas el rey Cornomaran, que era grande hombre de cuerpo é muy bien aficionado de miembros, é muy hermoso á maravilla, venia en su caballo muy bien encabalgante; así que, todo hombre que le viese é conociese, bien podría decir que ningun rey so el cielo no habia mas apuesto ni mas hermoso que él. E el buen abad de Sandron, viniendo con aquella compañía que vos dijimos, cuando fué cerca de Bullon quanto á dos leguas, encontró primeramente al conde Guerau de San Polo con aquella compañía de caballería, tan bien guisados como de suso oistes. E el rey Cornomaran, cuando los vió, fué ende muy maravillado é preguntó al Abad quién eran; é él respondió que eran de la compañía del duque Gudufre, é eran caballeros mancebos que andaban fuera de la villa probando sus caballos é ensayando sus armas; é en cuanto esto decía, llegó el conde Guerau de San Polo; é preguntó el Abad dó era el duque Gudufre; é él respondió que le dejara en su palacio en Bullon; é despues que esto hobo dicho, pasó el Conde por él con su compañía, que no dijo mas, tanto quanto los caballos los podian levar; así que, el Rey hobo ende muy gran miedo. Despues que el Abad é el Rey fueron partidos del conde de San Polo, vieron luego venir al conde de Pontis con gran caballería de hombres mancebos, todos muy bien guisados. Cuando el rey Cornomaran los vió, preguntó al Abad si era aquel el duque Gudufre. «Por Dios, dijo el Abad, no es; ca nunca el Duque con tan pocos cabalga, que no sean en su compañía tres mil ó mas de mancebos, sin los otros ricos hombres que con él son; mas aqueste cuito que es algun gran caballero suyo de su mesnada que salió acá á trebejar por estos campos.» Cuando el Rey esto oyó, pesóse muy de corazon; ca bien entendió que, pues tanta compañía era aquella que habian encontrado, sin la otra del Duque que tenia consigo, que aquellos conquistarían toda la tierra de Ultramar. E cuando el Rey esto pensaba, llegó á ellos el conde Pontis con su compañía; é el Abad le preguntó dó era el duque Gudufre; é él le respondió que le dejara en Bullon oyendo misa; é despues que esto les hobo dicho, pasó por ellos tan

de récio, que el Abad é cuantos con él venian cuidaron ser muertos. Cuando el conde de Pontis fué pasado por el Abad é por los otros que venian en su compañía, el rey Cornomaran fué ende maravillado de aquella gran compañía que vió, é comenzó á hablar con el Abad é díjole de cómo era muy gran gente; mas el Abad le dijo, que no era aquello nada apos la otra compañía que fincaba con el duque Gudufre. E en cuanto iban ellos así hablando, vieron venir al duque de Lorena con muy gran caballería, tan honradamente aparejadas de armas é de paños, que apenas lo podría hombre contar; é venian todos á galope de sus caballos, haciendo sus justas, é bofordando tan apuesto, que mas no podría ser. Cuando los vió el rey Cornomaran preguntó al Abad si era aquel el duque Gudufre, é él respondió en sonriendo é díjole así: «Par Dios, no es él, ca nunca le vi con tan poca compañía, que no fuesen bien tres mil caballeros; mas son de su compañía, que andan así como escaramuzando; é esto lo hacen continuamente por usar las armas é el cabalgar.» Cuando esto oyó el rey Cornomaran hobo tan gran pesar en su corazon, que se le mudó la color; ca bien entendió que, pues aquellos tan gran poder habian, que verdad sería lo que su tia dijera, que se perderia Hierusalem é toda la otra tierra. En cuanto él esto cuidaba, llegó á ellos el duque de Lorena é saludólos; é el Abad le preguntó dó era el duque Gudufre, é él le respuso que lo habia dejado en Bullon, do habia oido misa, é estaba en consejo con sus hombres buenos; é movió contra do fueran los otros. Cuando el Abad é el rey Cornomaran se partieron del duque de Lorena, ante que hubiesen á andar un trecho de ballesia, vieron venir al duque de Loaña con muy gran caballería é muy bien guisada; así que, todas las otras que fallaron, no eran tan grandes como aquella sola. E cuando el Rey los vió, preguntó al Abad si era aquel el duque Gudufre; é él le respuso que nunca le viera cabalgar con tan poca compañía como aquella, mas que era algun hombre honrado de su corte, ca bien habia él consigo tales veinte, como que cada uno era señor de mil caballeros. Cuando esto oyó el rey Cornomaran fué muy triste en su corazon é comenzó á estremecer la cabeza; ca vido abiertamente que si aquellos pasasen á Ultramar que toda la tierra habria perdida, así como lo dijera la Reina su tia. Pensando el Rey en esto, llegó el duque de Loaña é saludó al Abad; é él preguntó dó era el duque Gudufre, é el Conde le dijo que lo dejaba en Bullon, que habia oido misa. Cuando esto hobo dicho pasó por él con los que con él iban quanto los caballos los podian levar, tan de récio, que toda la tierra tremia so los piés dellos; así que, el rey Cornomaran hobo ende muy gran miedo. Despues que el Abad é el rey de Hierusalem pasaron por el Duque no hubieron andar quanto un tercio de legua, cuando vieron venir al conde de Flándes con muy gran compañía, é tan bien ataviada de ricos hombres é de armas é de caballos, que era maravilla, é venian todos bofordando mucho apuestamente. Cuando estos vió el rey Cornomaran, mostrólos al Abad con el dedo é dijo así: «Agora veo sin falla al duque Gudufre.—Par Dios, dijo el Abad, no es aquel; ca cuando el Duque cabalga no trae tan poca compañía consigo, que no sea mayor que todas estas que habédes visto.» Cuando esto oyó el Rey

hobo gran pesar en su corazon, é dijo así: «Agora creo que es verdad lo que me dijo la Reina, mi tia, que perderia por estos el reino de Hierusalem; ca bien entiendo que no hay villa ni castillo ni fortaleza alguna, si ellos allá pasasen, que les pueda durar.» Mientra esto él decía, llegó el conde de Flándes sobre un caballo de España; é el Abad lo saludó é preguntóle dó era el duque Gudufre, é él le respondió que le dejaba que cabalgaba fuera de la villa con sus ricos hombres. Cuando le esto hobo dicho fué su via, que no se detovo ahí un punto; así que, el rey Cornomaran fué muy maravillado de cuán pocas palabras dijera. Cuando el conde de Flándes se partió del Abad é del rey Cornomaran, que venia con él, el Rey comenzó á ir, considerando que perderia toda su tierra si la tercia parte de aquella gente que él viera allá pasase. Mas porque no veia al duque Gudufre ni á sus hermanos, pensaba que todo era mentira quanto el Abad le dijera, é que aquella gente no era suya; é sobre eso preguntó al Abad que dónde eran naturales aquellos caballeros, ó de qué linaje ó qué vida facian. E el otro contóle de guisa, que el Rey fué muy espantado cuando lo entendió, é tovólo por muy gran cosa. E en esto estando, vieron venir muy léjos al duque Gudufre é á sus hermanos, é venian en su compañía bien diez mil caballeros. Allí bien podría hombre ver muchos buenos caballeros é muy bien ataviados, é otrosí muchos buenos caballos; pero en toda aquella compañía no habia hombre que trujiese escudo ni lanza ni otra arma alguna, salvo sus espadas cintas; mas todos venian en sus caballos é en grandes palafrenes, que andaban muy bien llano, é eran muy ricamente vestidos. E allí venian los perlados é los otros hombres honrados, ancianos, que eran todos tenidos por de muy gran seso; é por esto venian tan quedo, que no podría hombre oír ruido de toda aquella compañía. Cuando esto vió el rey Cornomaran preguntó al Abad si era aquel el duque Gudufre; é él respondió que creia que aquel era, ca con tanta compañía solia ir cuando cabalgaba apartadamente, pero que aun poca gente le parecia, segun otras veces traia; mas que en venir tan despacio creia cierto que allí venia. Cuando esto vió el rey Cornomaran, fué ende tan espantado, que no podría mas ser, é respondió así al Abad é díjole: «Si vos verdad decidés en esto, este podría lidiar con cuanta gente ha en nuestra tierra.» E diciendo esto, fuéronse acercando á la compañía del Duque. E el Rey rogó mucho al Abad que le mostrase al Duque, ca de otra guisa no le conoceria, maguer lo viese entre tanta compañía como allí venia; é el Abad le respondió que él lo conoceria solo que le viese, é que gelo mostraria. E en tanto comenzó el Abad á parar mientes á todas partes, é conoció al duque Gudufre do venia sobre un caballo, é sus hermanos, el uno de la una parte é el otro de la otra, é vestidos todos tres de cicatron (1) muy rico; mas el duque Gudufre traia en la cabeza un capillo agudo, hecho á la manera antigua, con oro y piedras preciosas, labrado muy ricamente. Luego que el Abad lo vió, mostrólo al rey Cornomaran, é díjole que aquel del capillo era el duque Gudufre, que venia entre sus hermanos apartadamente, que ninguno

(1) Lo mismo que ciclaton.

no se osaba allegar á ellos. Cuando esto oyó el rey Cornomaran hobo tan gran pavor, que toda la sangre del cuerpo se le volvió, é mucho cobdiciara ser en su tierra, si lo pudiera ser.

## CAPITULO CLXXX.

Cómo el duque Gudufre se apartó á departir con el rey Cornomaran é con el abad de Sandron.

El abad Girat (2) de Sandron, despues que hobo mostrado al rey Cornomaran al duque Gudufre, díjole así: «Rey, vos habédes placer de hablar con el Duque cuando él llegádes.» E el Rey le respondió: «Mucho he voluntad; mas en tal manera que él no sepa nada de mi hecho; ca he miedo que me mandaria matar si lo supiese.—Desto, dijo el Abad, no habédes que temer tanto como si fuédes en Hierusalem en vuestra casa; é desto prometo yo de vos guardar muy salvamente, é de vos hacer conocer con el Duque en tal manera, que sea vuestra pro é vuestra honra.» Cuando esto hobo dicho, mandó á toda su compañía que se quedasen, é tomó consigo al rey Cornomaran, é fuéese derechamente para do estaba el Duque, é todas las gentes que los vieron hicieronles carrera; é el duque Gudufre, cuando los vió venir, salió á ellos é saludó al Abad, é abrazólo é rescibiólo muy bien; é cuando vió al rey Cornomaran grande é hermoso é muy ricamente vestido, preguntó al Abad quién era, é el Abad le respuso que era un su sobrino, é habia gran tiempo que fuera preso en Ultramar. Cuando esto oyó el Duque fuéolo abrazar luego, é dijo al Abad que por su amor le faria mucha honra é mucho amor, é que de allí adelante bien se podría fincar con él, é el Abad gelo gradesció mucho, é despues desto, preguntóle el Duque al Abad, como si no supiese nada de aquel hecho, que dónde venia é dó queria ir, é el Abad le respuso que venia á su corte por hablar con él é mostrarle la hacienda de su monesterio, é librarla con él. Cuando esto oyó el duque Gudufre, revolió el caballo é mandó á toda su compañía que se tornasen para Bullon, é levó de la una parte al Abad é de la otra al rey Cornomaran, é él iba en medio; é así fueron hasta que llegaron á la villa de Bullon; é despues que entraron por ella, allí veríades por las plazas danzar caballeros é dueñas é burgesas, é escuderos é doncellas, é cantar mucho apuesto é muy bien; é otrosí, veríades escuderos é doncellas, los unos cebar gavilanes, é los otros azores é falcones, é los otros tener alanos, podencos é sabuesos atados de dos en dos, tan apuesto é tan bien, que todo hombre que lo viese habria gran placer; é otrosí todas las calles encortinadas de muy ricos paños de seda, é en cada casa las mesas puestas, en manera que todo hombre podría ahí ballar lo que menester hobiese de comer é de beber. Cuando esto vió el rey Cornomaran fué muy maravillado, é dijo así al Abad: «Si todos los hombres del mundo me lo dijiesen que estos hombres tan gran riqueza é tan gran poder habian, yo no lo podría creer si lo non viese; mas entiendo que si estos pasan á la tierra de Ultramar, toda la conquistarán sin controversia ninguna.» Desta guisa fue-

(2) En otro lugar Giraret.

ron hablando fasta que llegaron al palacio del Duque, é luego primeramente descendió él é sus hermanos, é fizo descender al Abad é al Rey, é entraron en el gran palacio, que era emparamentado de paños de seda é con oro, los mas ricos que hombre podría á ninguna parte del mundo ver.

## CAPITULO CLXXXI.

De la gran comida que hizo el duque Gudufre al abad de Sandron é al rey Cornomaran.

Cuando la comida fué adobada, é los que habian á comer fueron llegados, sabed que sería muy gran cosa de contar los hombres honrados é la otra caballería que aquel día allí comieron; é el duque Gudufre hizo llamar primeramente al Abad é asentar cerca de sí, é despues al rey Cornomaran, á que mandó fazer mucha honra, é desí asentó los duques é los condes é los otros altos hombres que allí eran, cada uno así como le convenia. Gran cosa sería á maravilla de contar los muchos manjares que aquel día allí fueron dados; así que, bien pudo decir el que peor servido ahí fué, que nunca entrara en otra corte tan rica ni tan abundada como aquella. En cuanto estaban comiendo el rey Cornomaran, cató por el palacio, que era muy grande, de bóveda é encortinado de muy ricos paños de seda con oro, é vió que el mas pobre que comía era vestido de muy ricos paños, é vió de otra parte que todos los portales eran llenos de yelmos é de lorigas, é de escudos é de lanzas, é de espadas é de mazas de hierro. E sin todo esto, vió otra cosa que tovo por muy gran maravilla: que delante del Duque servían cinco ricos hombres, que eran condes, é delante él mesmo tres, que el que peor guarnido era, los paños é la guirlanda que traía valia muy gran haber, é los unos dellos daban vino, é los otros traían que comiesen; é tantos eran los manjares que les traían, que el rey Cornomaran dijo al Abad: «Por Dios, amigo, mucho es este duque cortés é enseñado, é segun que yo veo, mucho es poderoso, pues que él puede ayuntar en su tierra tan gran caballería como esta es.» Mas el Abad, como era muy bien razonado, respondióle así: «Rey, esto no es nada; ca no son aquí sino sus criados, é tantos como estos ha él cada día; mas si menester le fuesen é enviase por sus amigos, ante de quince días vernían á él cincuenta mil hombres caballeros, todos muy bien armados.» Cuando esto oyó el Rey pesóle mucho, é dijo así al Abad: «Bien digo verdad á Dios é á mi ley que este Duque debía ser emperador de Constantinopla ó rey de uno de los mejores reinados del mundo, é aun si mas hobiese, todo sería bien empleado en él, como lo yo veo cortés é enseñado.»

## CAPITULO CLXXXII.

De las palabras que dijo el Rey á su compañero.

Cuando esto hobo dicho el rey Cornomaran al Abad, tornóse contra el otro su compañero, que era natural de Armenia, así como ya oistes, é había nombre Balarkan, é dijo así: «Amigo, agora veo é conozco que las palabras que la reina Halabra dijo, que no fueron hablillas, ni lo que falló en sus suertes; ca nunca delante prínci-

pe que fuese servieron tanto honrado hombre como aquí veo servir, ni ante Tibalt de Arabia, que fué muy honrado hombre; é creed verdaderamente que si este duque, con la gente que tiene é sus hermanos, pasasen á Ultramar, no hallarian villa ni castillo que no tomasen por fuerza, é bien tengo que en pocos días conquiririan toda nuestra tierra.—Señor, dijo el armenio, mucho vos veo desmayado; ca esta gente en ninguna guisa no podría pasar á Ultramar, é aun cuando fuese que los diablos allá los pasasen, tanto vos sódes buen caballero de armas é habédes buena gente, así que, bien son cien mil de buena caballería; donde cuando vos fuédes, é vuestra compañía con vos, muy poco daño vos podrían hacer estos, é en mayor aventura estarian ellos de perder los cuerpos é lo que toviesen, que vos de perder la tierra.» Cuando está oyó el Rey, dijole así: «Compañero, mucho me place porque vos veo bien esforzado; é todo esto que decidés me semeja cosa contra razon, é por eso vos quiero crear de consejo.»

## CAPITULO CLXXXIII.

De cómo el rey Cornomaran se descubrió al duque Gudufre é á los altos hombres que con él eran.

Tales palabras, como ya oistes, hobo el Rey con su compañero estando á la mesa; mas despues que hobieron comido é los manteles fueron alzados, los caballeros se fueron todos del palacio á una plaza que estaba ahí delante, é los unos se asentaron á jugar tablas é los otros ajedrez, é los otros comenzaron á lanzar al tablado, los otros á esgrimir, é los otros á justar é á bofordar; é de otra parte soltaron los canes á los osos é á los ciervos que tenían encerrados entre los árboles, á que hicieron setos en derredor, en manera de cerca, para correr monte; así que, en toda aquella plaza, que era muy grande, no podría hombre ver lugar do no hiciesen alegría de muchas maneras. En cuanto los otros caballeros fueron ver aquellos juegos, quedó el Duque é sus hermanos en el palacio, é los otros honrados hombres con ellos, é el Abad otrosí, é el rey Cornomaran, que había muy gran placer en hablar con el Duque, sacó al Abad aparte é rogóle que mirase si se podría sin peligro descubrirse al Duque, é si le pareciese que lo hacia porque había deseo de hablar largo con el Duque, sino que recelaba el daño dello. E el Abad le dijo que no había de qué rescelar, ca antes sabría él ser despedazado que él rescibiese ningún daño. Cuando el Rey oyó cómo el Abad le seguraba que no rescibiese daño ni mal por cosa que dijese al duque Gudufre, levantóse en pié, é dijole así delante cuantos hombres honrados estaban ahí con él: que tanto le había hecho de honra é de placer, é tanto veía en él de bien é de mesura, é de gran poder é de gran riqueza que tenía, que erraría si le no dijese todo lo que tenía en su corazón. Entonce comenzóle á contar de las grandes cortes que fueron en Baldac, é de cómo viera la reina Halabra en sus cortes que habian á perder toda la tierra de Suria; é de cómo él é sus hermanos habian de ser caudillos de aquel hecho; é que él mesmo había á ser rey de Hierusalem, donde lo él era entonce; é de cómo pasara la mar á furto é ascondidamente con aquel compañero solo, é cómo viniera á Sandron, é lo conos-

## CAPITULO CLXXXV.

Cómo movieron muchos para ir á Ultramar por las palabras del Rey.

Podédes bien entender, por las razones que ya arriba vos habemos dicho, en cómo Pedro el Ermitaño fué al sepulcro santo de Hierusalem en romería, é las visiones que le mostró nuestro Señor Jesucristo; é del mandado que trajo el Apostólico de parte del patriarca é de los cristianos dese lugar, de la laceria é del mal que sofrian; é otrosí, oistes de los concilios que fizo el Apostólico, é en cuáles lugares é cómo fué predicada la cruzada por todas las tierras; é de cómo Pedro el Ermitaño con aquella compañía fueron desbaratados en tierra de Bitinia, allende del brazo de San Jorge, en el lugar que llaman el Poyo del Civitor; é de cómo aquel Pedro el Ermitaño, con los que escaparon de aquel desbarato, que fueron muy pocos, estovieron encerrados entre unas peñas muy grandes, así como adelante oírédes, fasta que llegó la gran hueste. E otrosí, oistes cómo los otros pelegrinos que se movieron para ir allá iban para Hungria é por Volgria, é por esas tierras extrañas fueron desbaratados de guisa, que no pudieron pasar á Ultramar, é tornáronse á sus tierras, que fué cosa que estorbó mucho á las gentes para ir allá; ca tovieron que aquellos que lo destorbaban no lo facían sino por ayudar á los moros. Mas cuando oyeron é supieron las palabras que el rey Cornomaran de Hierusalem dijiera al duque Gudufre, moviéronse muchos hombres para allá ir. E otra cosa acaesció, porque creció á los hombres gran corazón de se cruzar; é esto fué por un miraglo que mostró Dios á unos caballeros en la tierra de Ultramar, así como oírédes.

## CAPITULO CLXXXVI.

Agora deja la hestoria de hablar desto, é torna á contar cómo fueron á Hierusalem tres caballeros, é de lo que les acaesció.

Ya oistes en la historia contar de suso de cómo los turcos habian puesto, por mal é por deshonor de los cristianos, que todo pelegrino que fuese á Hierusalem é hobiese entrar al sepulcro santo, que pechase un maravedí en oro, ó que pagase una pescozada al portero cuan maña gela quisiese él dar. Donde acaesció así: que, un poco despues que Pedro el Ermitaño se partió, vinieron tres caballeros en romería: el uno había nombre Aycarte de Montemerle, é era natural de Borgoña, é el otro había nombre Remonpeles, é era del condado de Piteos; é el tercero había nombre Gondemar, é era de la tierra de Unixi. Estos tres caballeros, de que vos hablamos, fueron en uno en su pelegrinaje, é levaron consigo de su haber cuanto mas pudieron, porque cumpliesen mejor su romería, mas tanto hobieron de tardar sobre mar, é tantas veces fueron robados en el camino, que cuando llegaron á Hierusalem no tenían otra cosa que comiesen sino lo que pedían por Dios; é ellos llegaron á Hierusalem el día de la Cruz, é anduvieron todas las romerías que los pelegrinos solían usar. Mas cuando quisieron adorar el sepulcro santo no les dejaron entrar, porque no tenían sendos maravedís en oro que diesen á los moros, é desta guisa se quitaron de la puerta muy vergoñosos é llorando, é todo aquel día se trabajaron de haber aquellos dineros, porque pudiesen entrar al se-

ciera allí el Abad; é que, pues él lo había visto, que era una de las cosas del mundo que mas cobdiciara ver, é viera su poder é su riqueza é había hablado con él; é dijole su voluntad, que de allí adelante era tornarse á su tierra, é que por su mesura que le mandase guiar.

## CAPITULO CLXXXIV.

De la razon que dijo el duque Gudufre á aquellos altos hombres.

Cuando el rey de Hierusalem hobo su razon acabado, el duque Gudufre, que era muy bien razonado, dijo así á los hombres honrados que eran con él: «Señores, ¿qué vos parece destas palabras que el Rey dice? ¿No tenédes que es fermoso miraglo de nuestro Señor Jesucristo? E de mí vos digo que no dejaría de ir á aquella tierra por ninguna cosa; ca tengo que podré ahí mucho servir á Dios, é dícame el corazón que la conquiriré toda ó la mas della; é fio en la su merced que me ayudará de guisa que se librá la santa ciudad de Hierusalem é el sepulcro de nuestro Señor de aquella gente descreida que la tienen, é será nuestra ley honrada é servida.» Cuando los hombres honrados oyeron lo que el Duque dijiera, plúgoles mucho, é comenzaron á decir: «Ay Dios! ya fuese aquel día que viniese la hueste para aquel hecho.» E el duque Gudufre mesmo comenzó á decir de la gente que levaría, é los otros la ayuda que le farian. Mas el rey Cornomaran, cuando esto oyó, pesóle de corazón é dijo así muy sañudamente: «Duque Gudufre, no debédes así desmesuraros vos ni estos honrados hombres que con vosco son á decir vuestras palabras tan descortésmente, é demás estando en vuestra casa; ca, maguer que vos yo vine ver á vuestra tierra, é vos he dicho lo que viera la reina Halabra en sus suertes, con todo eso no cuidédes que aquella tierra tan ligera es de conquistar; ca antes serán muchos escudos falsados, é muchas lorigas rompidas, é muchos yelmos tajados por piezas, é muchos buenos caballeros muertos é muy mal llagados, donde serán muchas dueñas viudas, é serán los hijos huérfanos; é demás, costará tanto de haber, que no podría pensarse; é bien cuito que antes que la hayádes ganado será muy caramente vendida; pero si Dios quisiere que vos la tomés, yo vos digo que mejor empleada es en vos que en hombre del mundo, ca ninguno non la puede haber que con vos se iguale. Pero tanto vos ruego que, pues yo descubierta vos he mi corazón delante tantos hombres honrados, que me guardédes que no resciba mal, ca si alguno me lo hiciese, como quier que el daño sería mio, pero la vergüena sería vuestra.» E el Duque otorgógelo todo aquello que él demandaba; é cuando esto hobo dicho, despediéronse del Duque entre él é su compañero, é no quisieron levar ninguna cosa sino aquello que trujieran de su tierra, maguer el Duque les daba de su haber muy complidamente, é todos los otros hombres honrados que ahí eran. E el abad Girat de Sandron los levó á su monesterio é tóvolos ahí ya cuantos días muy viciosamente, é despues dióles todo lo que hobieron menester con que se fuesen, é los hombres del duque Gudufre los guiaron fasta que los pusieron fuera del ducado.

pulcro santo á hacer su oracion. Mas los dos caballeros dellos, el uno que llamaban Remonpeles é el otro Gonde-  
 demar, hicieron tanto por que aquel dia hobieron sus sendos maravedis. E quando vino otro dia en la mañana fueron á la puerta, é dió cada uno su maravedí é entraron; mas Aycarte de Montemerle, por mas que lo trabajó é procuró, no pudo haber aquel maravedí, é fué en muy gran cuita, como aquel que era muy buen cristiano é sufriera mucho trabajo por cumplir aquella romería, é por eso tardó, buscando aquel maravedí, que no pudo haber; quando llegó á la puerta del templo falló que sus compañeros eran entrados á hacer su oracion; é él queriendo entrar, los moros que guardaban la puerta dijieron que no gelo consentirian á menos de dar el maravedí. Quando esto vió alzó las manos al cielo é comenzó á llorar muy de récio, é dijo así: «Nuestro Señor Jesucristo, que quisiste que yo viniese por tí é de tan luenga tierra, é sofríese hambre é sed é frío, é laceria é gran pobredad, todo por ver el lugar do tú nascistes é tomaste muerte por nos, é el sepulero en que el tu santo cuerpo fué metido, de que resucitaste á tercer dia é subiste á los cielos, é quebrantaste los infernos é librástenos del poder del diablo por siempre jamás, é el tu santo reino: Señor, así como esto es verdad, te pido por merced que tú no quieras que me yo de aquí parta fasta que yo esto vea; é demás, ayer fué el Viérnes Santo, en que todo cristiano debiera orar el lugar do tú fueste puesto en cruz, é hoy es el Sábado Santo, en que estoviste en el sepulero, en la qual noche descendió el fuego del cielo en la lámpara ant' el altar por la tu virtud, é mañana será el día de Pascua, en que tú resucitaste de muerte á vida, é todos los cristianos por derecho deben oír misa é comulgar; é Señor, pídotte por merced que tú no quieras que desto sea yo apartado de todos los otros cristianos; é si no, ruégote, Señor, que te plega que muera en este lugar, que nunca de aquí vaya; ca jamás no podria ver cosa que me pluguiese.» E quando él estas palabras decía, cató entre los moros que guardaban la puerta, é conoció uno que él criara de mozo pequeño é á quien ficiera mucho bien, é era de su tierra natural, é solíanle decir, quando era cristiano, Juan Ferret, mas una vez que viniera á Hierusalem en romería, tornóse moro; é porque desamaba á los cristianos mas que cosa del mundo é les facia mucho mal, diéronle los moros á guardar la puerta. Quando Aycarte de Montemerle vió á Juan Ferret plúgole mucho; ca creia que se le membraria del bien que le hiciera é que le dejaria entrar. E por ende él comenzóle á rogar mucho homildosamente que le acogiese, faciéndole memoria del deudo que habia con él de los bienes que le habia hecho, é mostrándole é jurando mucho que no tenia el maravedí, que le diese. Mas Juan Ferret, cuyo corazon era lleno de falsedad é de cruexa, maguer que le conocía al caballero é sopiese él que verdad era lo que le decía, respondióle muy bravo é díjole que en ninguna manera no podria entrar sino si se quisiese tornar moro é renegar á nuestro Señor Jesucristo é á santa María; é si él esto ficiese, que lo faria muy rico de tierra é de haber, é que todo esto ordenaria él como gelo diese su señor el rey de Hierusalem, é demás, que lo casaria con una su sobrina, que era muy hermosa dueña á maravilla; é si por su mala

ventura esto no quería hacer, que le parase una pescozada euan maña gela él pudiese dar; é que prometia á Dios é á su ley que le daria tan gran ferida, que él le faria fincar el rostro en tierra, é dar con la cabeza en la pared tan de récio, que los meollos le saldrian por las orejas; é esto quería él hacer por deshonra de la ley de Jesucristo, con cuyo sepulero ganaba él muchos dineros.

## CAPITULO CLXXXVII.

Cómo Juan Ferret dió una gran pescozada á Aycarte de Montemerle.

Quando esto oyó Aycarte de Montemerle, hobo muy gran pesar en su corazon, ca bien entendió que non podria allá entrar á menos de hacer lo que el moro queria. E de otra parte conoció que si él lo hiciese que le vernia mal; ca hobo miedo que aquel moro, que le daria tan gran ferida, que lo mataria ó le faria muy gran deshonra, pero cuidando lo que sufriera nuestro Señor por él, tovo que muy poco era sufrir él aquello. E por ende dijo al moro que queria antes esperar la ferida por amor de Dios que hacer lo que él le consejaba. Quando el moro esto oyó, dejóse ir á él muy sañado é dióle tan gran ferida en el pescuezo, que le hizo fincar los miembros en tierra é salir la sangre por las narices. E luego que fué levantado en pié atal sangriento como estaba, comenzóse á ir derechamente al sepulero, é quando llegó echóse ant' él é comenzó á llorar muy réciamente; así que, todo el suelo fué coluerto de sus lágrimas é de la su sangre que le salia de las narices é de la ferida que le diera el moro. Quando hobo así estado una pieza que no pudo hablar, comenzó á hacer su oracion á nuestro Señor, contando las grandes mercedes que le hiciera por salvar el mundo, tan bien en la ley nueva como en la vieja; é otrosí, quantos tormentos sofriera por sacar el mundo de poder del diablo. E despues que esto hobo contado, pidióle merced como él ordenase en que el pesar que de los moros resebia en tener la su ley abajada é deshonradamente que los quisiese vengar; é otrosí, que se le membrase del mal é de la deshonra que á él ficieran á la puerta de su casa, do él quisiera entrar á hacer oracion al su santo sepulero. Quando esto hobo dicho comenzóse á ir, é fallóse en el templo con los otros dos caballeros que venieran con él en romería, é acordáronse que velasen á la puerta del templo, é ficiéronlo así, é velaron toda la noche hasta los gallos primeros. E entonces hobieron tan gran sueño, que se adormescieron, pero no estaban echados, mas arrimados á una pared, ni dormieron sueño asegado, mas como quien se traspone.

## CAPITULO CLXXXVIII.

Cómo apareció un ángel á aquellos tres caballeros, é de lo que les dijo.

En cuanto ellos se dormieron vino á ellos un ángel en figura de hombre muy hermoso á gran maravilla, é díjoles así: «Amigos, yo me partí ayer de Roma ante de visperas, é fuí á la misa que dijo el Apostólico, é serví el altar cuando sacrificio hizo de la hostia, quando se hizo cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, é él me envió á vos porque supiédes que esta tierra quiere sacar del

poderío de los moros, é tornarla á la su santa ley; é por ende vos manda que vos vayais derechamente para el Papa, é que le digades que faga predicar la cruzada por toda la cristiandad, que vengan á tomar esta santa tierra; ca para ellos la quiere, é todo aquel que se quisiere cruzar por su amor, é arrepentirse de sus pecados, que otra penitencia no le darán, sino, si muriere, que irá derechamente á paraíso.» Quando esto hobo dicho á todos tres, dijo á Aycarte de Montemerle apartadamente, que los otros no lo entendieron: «Amigo, miémbate, de la pescozada que te dió ayer el moro quando queres entrar acá dentro; é adereza cómo vengas ahína á esta tierra; ca nuestro Señor quiere que seas vengado.» E despues que esto les hobo dicho, fué el ángel é despertaron, é contóse uno á otro lo que vieran, é lloraron mucho á nuestro Señor, llorando mucho de corazon. E desí entraron en el templo é oyeron misa é comulgaron, é despues tornáronse para Hierusalem; é quando vino, al salir de la puerta del templo Aycarte de Montemerle, dijo al moro que le diera la pescozada: «Juan Ferret, ruégote que me esperes aquí; ca aun en este lugar te cortaré yo la cabeza.» Entonce el moro fué muy sañado, é de grado le quisiera hacer mas mal, mas no osó, porque hobo miedo que si el caballero se querellase dél á su señor, que la mandaria matar. Todo aquel dia estuvieron en Hierusalem Aycarte de Montemerle é sus compañeros; otro dia se partieron dende, é fuéronse derechamente á Constantinopla; pero ante sufrieron en el camino mucho afan, como aquellos que no habian que despendir sino de las limosnas. Mas quando llegaron á Constantinopla, fueron á ver al Emperador, é él proveyólos muy bien de paños é de bestias, é de todas las cosas que hobieron menester, porque honradamente pudiesen ir á sus tierras. Mas ellos dejaron todos los otros caminos, é fuéronse derechamente á Roma, do era el apostólico Urban, á que plugo mucho quando los vió, é fizo pensar muy bien dellos. E despues que le hobieron contado lo que pasaron en Hierusalem, fué muy ledo, é levólos consigo al concilio que fizo en Claramonte; é mandólo contar delante el pueblo, á quien pesó mucho quando lo oyeron. E llorando todos comunmente, dijieron todos á una voz que si por la cruz que tomaron no se cuidasen salvar ni creyesen que se ensalzaria la fe de nuestro Señor, que tan solamente por vengar aquella deshonra irian allá todos; é por ende, fué esta una de las cosas señaladas que mucho movió todas aquellas gentes á ir en aquel fecho.

## CAPITULO CLXXXIX.

Agora deja la hestoria de hablar desto, é torna á contar cómo movió el noble duque Gudufre de Bullon para ir á Ultramar.

En el año que andaba la encarnacion de nuestro Señor en mil é ochenta é cinco, quince días andados del mes de agosto, movió de su tierra para ir á la tierra santa de Ultramar, el noble duque de Lorena, Gudufre de Bullon, nieto del muy noble caballero del Cisne, con muy buena compañía de hombres buenos é de buena cuenta, é de otra muy gran gente á maravilla, con tal guarnimiento como convenia á tal fecho. Los hombres honrados que iban con él son estos: Baldo-

vin, su hermano, é el otro conde que llaman Baldo-  
 vin de los Montes, que era su cormano, é el conde de Enant otrosí, é el conde de San Polo, que habia nombre Guy, é Joran, su fijo, que era muy buen caballero de armas é mancebo, é el conde de Graz, que habia nombre Gurner, é el conde de Tud, que llamaban Rinalte, é don Pedro, su hermano, é el Baldo-  
 vin del Burgo, su cormano del duque Enrique de Hast, muy poderoso hombre en Alemaña; Gudufre, su hermano, que era; otrosí, muy buen caballero de armas, é el obispo de Monteagudo, que era muy buen cristiano é mucho honrado. Otra caballería habia ahí de muchos buenos hombres é honrados, de que no posimos aquí los nombres porque se alongaria mucho la historia, é cierto, como quier que muchos pasaron, no pasó ahí tan honrado hombre ni tan bueno de armas, ni levó ahí tan gran compañía de caballeros ni de otra gente, ni tan bien guisado, ni valió tanto en todos los fechos que se comenzaron, así como adelante oirédes, como el duque Gudufre; é gran derecho era que así fuese, lo uno por la buena vida é santa que facia, é lo ál, otrosí, por la santidad de que él descendia, segun la hestoria lo ha contado. E el otro su hermano Eustacio hobo en consejo que le dejase por guardar su tierra; é esto fué por dos razones: la una, porque era hombre de justicia é de piedad, que es cosa que conviene mucho á señor de tierra; é la otra, que maguer era ardid é de gran corazon, era flaco de complision para poder sufrir trabajo ni afan. Empero, con todo esto, despues que se fué su hermano el Duque, desamparó él la tierra que le dejara el encomendada, é fué en pos dél, segun que adelante oirédes; mas tanto queremos que sepades que todos eran de un corazon é de una voluntad, para non se partir unos de otros por cosa que les dijiesen. E nuestro Señor, en cuyo servicio eran, los guió, que á veinte dias de setiembre llegaron á Ostarica sanos é con todo lo suyo, que no perdieron nada en el camino, é aquel dia fueron á dormir á una villa que llaman Callabort; é corria por ahí un rio que habia nombre Linteas, que departe el imperio de Alemaña del reino de Hungria. Quando el duque Gudufre é los que con él iban oyeron decir el gran mal que los de aquella tierra ficieron á Godeman é á su compañía, hobieron su acuerdo entre sí como ficiesen de manera que pudiesen pasar en paz por Hungria. E sobre esto el Duque envió mensajeros al rey de Hungria con sus cartas, en que le envió decir que le ficiese saber por qué fueran muertos é desbaratados en su tierra los pelegrinos que vinieran por ahí ante que él. E mandó á aquel que levaba las cartas que entrase en palabras con el Rey, como de suyo, é que si pudiese, que guisase porque el duque Gudufre é su compañía pudiesen pasar por su tierra en paz, é que no hobiesen allí á tardar. Esto facian ellos, porque aquel camino les era mas derecho que los otros, é por allí podrian mas ahína pasar la mar. E en esta mensajería fué Gudufre Dast é su hermano Enrique, porque ellos eran hombres que conocian bien al rey de Hungria, é sabian su manera é de toda aquella tierra, é con ellos fueron otros caballeros que eran tenidos por buenos, de que no nombramos aquellos nombres. E estos anduvieron tanto buscando al rey de